

Relaciones comerciales entre México, América Latina y la Unión Europea: ¿listos para enfrentar el nuevo escenario?

Érika Ruiz Sandoval



This discussion paper was prepared within the framework of the Jean Monnet Atlantic Network 2.0. The European Commission's support for the production of this publication does not constitute an endorsement of its content, which reflects the view only of the authors. The Agency and the Commission are not responsible for any use which may be made of the information it contains.

Relaciones comerciales entre México, América Latina y la Unión Europea: ¿listos para enfrentar el nuevo escenario?

Érika Ruiz Sandoval

About the author

Erika Ruiz Sandoval is an Adjunct Professor and Researcher at the Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

Address: Mexico-Toluca Highway, 3655 - Col. Lomas de Santa Fé, Mexico City, Mexico
erika.ruiz@cide.edu



Este breve texto busca plantear a grandes rasgos los retos que enfrentan México, América Latina y la Unión Europea en un nuevo escenario de comercio internacional, producto de la crisis de la globalización, los efectos de la pandemia de COVID-19, la invasión rusa de Ucrania y fenómenos como el nearshoring y el retorno de tendencias proteccionistas. ¿Son suficientes los acuerdos existentes entre ambos lados del Atlántico para enfrentar los cambios? ¿Cómo se pueden fortalecer tanto México y América Latina como la Unión Europea a partir de su relación birregional en el ámbito comercial? ¿Qué papel desempeñan otros actores para el futuro comercial de México, América Latina y la Unión Europea?

Si bien aún es difícil perfilar del todo el nuevo escenario comercial, sí se pueden esbozar algunos de sus rasgos, resultado de las varias crisis que han afectado al escenario internacional desde que inició el siglo XXI y, particularmente, en esta década caracterizada por crisis empalmadas. La era de la globalización tal y como la conocíamos, con el mundo de fronteras abiertas que trajo el auge del liberalismo y las cadenas globales de valor, estaba ya bajo mucha presión antes de empezar esta década de los años veinte. Hoy, la situación es aún más compleja.

Los populismos, el proteccionismo y el cambio climático también habían aparecido ya para plantear un fuerte desafío al modelo de mundo globalizado. Por otra parte, la llegada de Trump a la presidencia estadounidense aumentó aún más la presión, particularmente al desatar una guerra comercial con China e incurrir en políticas claramente proteccionistas, cobijadas bajo el lema de “Make America Great Again”. Luego, irrumpió la pandemia de COVID-19 y puso las cosas aún más difíciles en el ámbito comercial internacional, en esta ocasión incluso por una imposibilidad física para mover los bienes a través de las fronteras nacionales. Por último, la crisis derivada de la invasión rusa de Ucrania, acompañada de alta inflación, políticas monetarias muy ajustadas y gran incertidumbre en los mercados financieros, ha sido la cereza del pastel de esta policrisis.

En un escenario así, el rasgo predominante es la incertidumbre y eso es definitivamente nocivo para el adecuado funcionamiento de los engranes del comercio global, ya que influye en todas las fases y todos los aspectos relativos al intercambio internacional de bienes, servicios y capitales, y también afecta a las relaciones internacionales en general. Si hubiera que simplificar las preguntas principales sobre el futuro previsible, habría que cuestionar si hemos entrado ya en una etapa de desglobalización, con sus graves consecuencias para el comercio y la economía globales, y también cabría especular si, en la aparente nueva configuración geopolítica en formación, Estados Unidos y China caminan sin remedio hacia una hegemonía compartida, lo que con un trazo muy grueso se está llamando Guerra Fría 2.0.

La gran expansión del comercio internacional en las últimas décadas estuvo impulsada por la tecnología globalizadora, las políticas gubernamentales y la geopolítica. Las tecnologías digitales hicieron que más servicios se puedan comerciar, y, junto con

la baja en los costos de transporte, se pudieron desarrollar cadenas de suministro internacionales muy complejas para la producción de bienes, incluso en la modalidad *just in time*. Los gobiernos abrieron sus mercados y liberalizaron la regulación, tanto de forma unilateral como al amparo de arreglos comerciales bilaterales, regionales y multilaterales. El orden internacional liberal basado en normas liderado por Estados Unidos y que, en el ámbito comercial, estaba anclado a la Organización Mundial del Comercio, fue clave. No obstante, en el momento actual, todos estos rasgos del sistema que ya se consideraban como permanentes están cambiando.

Baste decir que, en el ámbito tecnológico, por ejemplo, hay muchas ventajas derivadas del avance de la robótica o de la inteligencia artificial, pero también plantea desafíos significativos en lo relativo al futuro del empleo, con posibles consecuencias negativas para la paz social en muchos puntos del planeta, además de representar retos incluso éticos derivados de sus alcances. Algunas de estas consecuencias negativas podrán mitigarse desde el ámbito de la política pública, pero hay razones suficientes para pensar que lo que hagan los diferentes gobiernos no bastará para moderar estas y otras potenciales amenazas producto de la actividad humana.

Peor aún, es posible que las medidas que se implanten y las regulaciones que se emitan para intentar frenar o controlar estos fenómenos no solo no sean suficientes, sino que también entren en conflicto entre sí, dado que no hay un esfuerzo coordinado en este ámbito ni un liderazgo evidente que pudiera sumar voluntades, lo que tendría efectos graves sobre empresas y consumidores. Como ejemplo, baste decir que esto ya se hizo evidente con los distintos sistemas propuestos para la protección de datos o las medidas que afectan la política fiscal desde la Unión Europea, Estados Unidos, China o Rusia. Por otra parte, no se puede olvidar o infravalorar que el alcance que puedan tener las acciones regionales, birregionales o multilaterales en materia comercial dependen en gran medida del escenario geopolítico más amplio y también de que, en el ámbito nacional, no se afiancen los populismos nacionalistas y los movimientos antisistema.

En suma, hay muchos factores que afectan y pueden afectar aún más los patrones y los volúmenes de comercio internacional. Las opciones de política pública seguramente diferirán dependiendo del país o de la región de que se trate, e incluso puede haber variaciones por sector, según las ideas políticas, los intereses económicos y las instituciones intermediadoras que tengan influencia en ese momento. Lo que decida cada actor internacional dependerá también del escenario geopolítico más amplio.

Con base en este análisis, cabe destacar que, dada la dimensión de los retos venideros, no hay actor internacional –por poderoso que sea– que pueda enfrentarlos en solitario. Por eso, es pertinente preguntar si, en el caso de América Latina y el Caribe, por un lado, y de la Unión Europea, por otro, se tienen herramientas suficientes para hacer frente al escenario descrito a grandes rasgos.

Para el caso de América Latina y el Caribe, la respuesta inmediata es que no. Es casi una obviedad decir que los sucesos de las últimas décadas la han convertido en una

región más desarticulada, fragmentada, depauperada, desigual, violenta, ideologizada y polarizada que antes. Su capacidad de reacción y de coordinación están claramente mermadas y, en consecuencia, cada una de las distintas crisis empalmadas se vuelven oportunidades perdidas para una región cuya irrelevancia internacional se hace cada vez más patente.

En el caso de la Unión Europea, el panorama es menos negativo, dado que se tomaron acciones decisivas para que el proceso de integración más avanzado del mundo saliera de la crisis pandémica reforzado en sus convicciones y capacidades, particularmente en lo relativo a las transiciones verde y digital. Sin embargo, la invasión ilegal de Ucrania por parte de Rusia ha traído otra serie de desafíos que, combinados con los que ya existían en el ámbito interno, como los que presentan Estados miembros díscolos como Hungría o Polonia y la popularidad de los populismos y de la extrema derecha, hacen que tampoco la Unión Europea las tenga todas consigo en este momento de turbulencia internacional.

América Latina y el Caribe y la Unión Europea tienen una asociación estratégica birregional desde 1999, cuyo nombre es más rimbombante que eficaz en la realidad. A estas alturas, seguir pensando que América Latina y el Caribe es una sola región y que, por consiguiente, puede coordinar sus posiciones hasta emitir una sola voz raya en la política ficción. No obstante, la Unión Europea es la única que insiste en pensar que esa es la mejor manera de aproximarse a la región, la cual ha calificado como la más “eurocompatible”, ahora que sería deseable contar con socios confiables de navegación en medio de aguas muy revueltas. Lamentablemente, no hay condiciones para que América Latina y el Caribe como un todo sean ese socio de diseño que busca la Unión Europea en este momento.

Esto no quiere decir que no valga la pena intentarlo, pero, si se quiere sacar algo positivo, tendrá que abandonarse una narrativa que ya queda por demás caduca y empezar a enfrentar las realidades que se viven hoy en las dos orillas del Atlántico. Esto incluye revisar con toda honestidad los tratados negociados y pendientes de firma y ratificación entre la Unión Europea y Chile, México y Mercosur. Lo primero que habría que preguntar es si estos acuerdos, negociados con mucho esfuerzo antes de que irrumpiera la pandemia en el escenario global, contienen herramientas suficientes para enfrentar el mundo pos-COVID-19 y posterior a la invasión rusa de Ucrania. No es una pregunta menor, y menos si se piensa que los acuerdos se negocian para que duren, al menos, un par de décadas.

Por otra parte, cabe preguntarse si existen las condiciones en uno y otro lado del Atlántico y dadas las condiciones actuales de la Unión Europea y de Chile, México y Mercosur—particularmente las posiciones de Brasil y Argentina—hacen posible la firma y, más importante aún, la ratificación de los acuerdos. Si la Unión Europea se mantiene fiel a su espíritu y sus instituciones, concretamente el Parlamento Europeo y los parlamentos nacionales y subnacionales involucrados en el proceso de ratificación de acuerdos de carácter mixto, mantienen en mente los valores que sostienen al edificio

europeo y que se repiten en los preámbulos de los acuerdos que firma con terceros en la modalidad de cláusulas esenciales, parece una imposibilidad absoluta que estos acuerdos entren en vigor.

La conversación reciente que se ha tenido con Chile y con México para separar la parte comercial de sus respectivos acuerdos modernizados, con el fin de que solo esa se ratifique y entre en vigor cuanto antes, se antoja como una vía riesgosa y que traicionaría los supuestos valores compartidos que subyacen a estas relaciones. Esto es así, porque implicaría que la Unión Europea, tan insistente en mostrarse como un actor internacional diferente acorde a su propia experiencia histórica, no estaría haciendo algo distinto a lo que hacen aquellos competidores como Estados Unidos y China que ofrecen a los países latinoamericanos libre comercio puro y duro y nada más. Estarían quedando fuera los componentes de diálogo político y de cooperación, pero, más importante aún, se estarían obviando las cláusulas esenciales que obligan a las partes a defender la democracia liberal, los derechos humanos y el Estado de derecho. A pesar de lo atractivo que pudiera resultar el capítulo comercial en los tiempos que corren, una medida semejante sería traicionar a todos aquellos latinoamericanos que, contra viento y marea, buscan que sus países eviten el retroceso democrático y la deriva autoritaria que son tendencia en la región.

En julio de 2023, latinoamericanos, caribeños y europeos se reunirán en senda cumbre birregional en Bruselas, bajo la Presidencia española del Consejo de la Unión Europea. Más allá de especular quiénes responderán a la convocatoria, lo cual es un tema en sí mismo, habría que incluir en la agenda una discusión muy franca sobre la utilidad de la asociación estratégica birregional –incluido qué entendemos por asociación, por estratégica y por birregional–, los cambios tanto en la Unión Europea como en América Latina y el Caribe desde 1999, y si los mínimos compromisos adquiridos en el discurso tienen traducción a la realidad cotidiana de los habitantes de ambas regiones. Además, si de verdad se consideran socios compatibles, tendrán que discutir sobre los demás actores en el escenario internacional que están teniendo repercusiones sobre ellos, es decir, China, Estados Unidos y Rusia y si nuestra asociación contribuye en algo para contrapesar su influencia. Finalmente, tendrán que identificar si, en este momento, compartimos lo suficiente como para plantearnos escenarios de cooperación y coordinación para hacer frente a la inmensa agenda de retos que tenemos enfrente, con base en el reconocimiento de que ni siquiera como regiones integradas o no podremos enfrentarlos en solitario. En el mejor de los casos, se presenta la oportunidad de corregir el rumbo; en el peor, habremos perdido una oportunidad de oro en un momento crítico del escenario internacional.

About the Project

The Jean Monnet Atlantic Network 2.0 is a small network of six members that keep intense communication and joint activities on the Atlantic Basin. The Network also serves as a central arena for discussing globalisation and key major trends in the several Atlantic microcosms. By combining the national with the regional perspective, its research and debates take into account the different foreign interests and pressures, as well as a critical view on the possible roles and future of the European Union (EU) in the area.

It is the present link of a long chain of projects. In 2016, the project that established the first Jean Monnet Network on Atlantic Studies (jeanmonnetnetwork.com.br) sought to foster knowledge and co-operation among scholars and researchers on topics of fundamental importance for Atlantic actors in general, and for the EU, in particular. It involved a greater number of centres and universities.

Seven years later, still focussed on the original three broad thematic axes -Energy/Sustainability, Trade/Economy (International Economic Flows) and Security/Inequality-, the Jean Monnet Atlantic Network 2.0 represents a continuation and a rupture with the previous undertakings.

It intends to offer a wide, innovative and sometimes controversial view on Atlantic problems and the expectations on and scope of the EU activities relative to them. The papers in this series are a sample of its achievements.





With the support of the
Erasmus+ Programme
of the European Union

www.jmatlanticnetwork2.com